

nes, se fue volviendo real, peligroso, y finalmente fatal. Esa mezcla de fantasía y realidad, o de juego y verdad, se logra muy bien en los momentos en que las piezas del ajedrez parecieran cobrar vida: los alfiles son heridos y su sangre salpica el tablero, los peones yacen mirando hacia el cielo con sus gargantas abiertas y los ojos empañados "igual que si reflejaran otro cielo" (pág. 52).

Como escritor de oficio y con oficio que es Rosero Diago, este relato está tejido en un lenguaje que supera los rasgos simples de la oralidad. El ritmo en la sintaxis está muy bien logrado y demuestra un trabajo cuidadoso. Cada vez que un jugador diferente se enfrenta con la reina, el lector asiste al manejo de un lenguaje y un ritmo acorde con cada situación y con cada jugada. Cuando se enfrenta con el jorobado, con quien estuvo a punto de perder, la lucha es dura y además la imagen resulta caricaturesca: la reina desnuda y el jorobado deforme, ambos sudando en los límites de la derrota. Así lo expresa el relato:

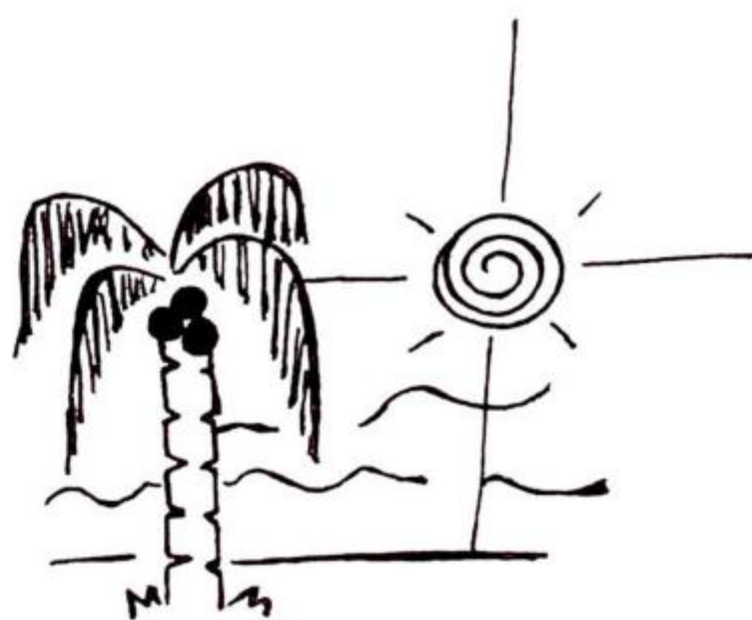
Después el jorobado avanzó un alfil y se comió un caballo; se lo comió entero, de la cola hasta la crin, crudo, sin necesidad de cuchillo y tenedor; lo espatarró, lo quebró, lo desmembró y se lo tragó. En seguida acabó con un peón, y otro más, y otro, y al fin la despojó de su último caballo, lo enlazó en su campo, le hizo una abertura de vampiro en el cuello y succionó su sangre y lo desinfló... [pág. 38].

Otro es el tono, el lenguaje y el ritmo utilizado cuando la reina ya no está frente a un jorobado repugnante, sino frente a ese joven diminuto que le ha robado el corazón: "La reina se debatía. El joven se debatía. Ambos cantaban victoria y, de súbito, ambos hacían equilibrio en el filo de la derrota". [pág. 52].

Los personajes se van sucediendo uno tras otro frente al tablero, pero cada uno diferente, caracterizado con un epíteto que lo identifica y lo diferencia al mejor estilo de

Homero, lo que nos vuelve a recordar que estamos frente a un relato que viaja en la oralidad, hecho para ser recordado. El sabio, a quien sólo afanaba el éxito, no la belleza ni la riqueza; la mujer, altiva, de luto íntegro, velo oscuro que cubría su rostro; Saulo del Monte, recordado por su hermosura de niño; Ariosto, violinista afeminado, "cuya angelical manera de caminar fue muy aplaudida al acercarse a recibir la muerte"; Femio, escultor de aves, "que sobresalió por sus imprecaciones obscenas cada vez que perdía una pieza"; Aldo Eckerman, que murió de rabia al descubrirse perdido, y así, unos con más protagonismo que otros, van ocupando la silla en la que se decidirá si viven o mueren frente al tablero del ajedrez.

Es una historia bien contada pero pésimamente editada. Las ilustraciones de Javier Fernando Porras, dibujos estereotipados hechos con lápices de colores, están "regados" en las páginas con un diseño desigual que le hace perder muchísimo a este libro. Para el lector hubiera sido mejor poder imaginar libremente la belleza de la reina, la evocación remota de su reino, lo grotesco del jorobado o la sencillez aparente del joven vestido de blanco, el último de los pretendientes.



Aunque éste es un relato que podría inscribirse en la tradición de los cuentos inspirados en la oralidad, tanto por sus motivos, su estructura y la tipología de sus personajes, no es lo mejor de Rosero. Estamos frente a un cuento que más parece un divertimento que una pieza de mayor envergadura. Rosero Diago tie-

ne suficiente oficio y calidad en su trayectoria de escritor, como para considerar esta historia como una de sus mejores obras. Y aunque está bien escrita y maneja sobre todo un muy atinado ritmo en la narración, no deja de ser una buena idea convertida en un buen relato: una reina que decide jugar su amor y sus bienes a quien le gane una partida de ajedrez. Alrededor de esa idea, Rosero comienza a contar y le va agregando un personaje tras otro, como si de los cuentos de *Las mil y una noches* se tratara.

La trayectoria literaria de Rosero Diago es amplia: ganador del premio Nacional de Cuento en 1979. En 1992 recibe el premio Nacional de Literatura, y en el 2001 el premio Enka de Literatura Infantil. Internacionalmente, ha sido reconocido con el premio de Novela Breve en Valencia, España. La novela *Juliana los mira* (Anagrama, España, 1986) ha sido traducida al sueco, al danés, al noruego, al alemán y al finlandés. Ha escrito, además, *El incendiado*, *El señor que no conoce la luna*, *El aprendiz de mago y otros cuentos de miedo*, *Ahí están pintados*, *Las esquinas más largas*, *La pulga fiel* y *La duenda*, con la que obtiene el premio Enka de Literatura Infantil 2001.

BEATRIZ
HELENA ROBLEDÓ

Literatura juvenil

Bajo el cerezo

Francisco Montaña Ibáñez,
Patricia Acosta (ilustraciones)
Editorial Alfaguara, Bogotá,
2.ª edición, 2001, 125 págs.

Francisco Montaña tiene formación y experiencia como guionista tanto para cine como para televisión. Esta trayectoria se refleja, en cierto modo, en su primera novela para jóvenes, *Bajo el cerezo*, publicada por Editorial Alfaguara, en la cual

el lector va entrando como si fuera detrás del lente de una cámara.

Cristina, una adolescente de trece años, ha llegado del extranjero a pasar vacaciones con su tía en Bogotá. Se halla con una ciudad diferente de la que conocía. Ahora la tía tiene miedo de que ella salga, por la inseguridad y la violencia que reina en todas partes. La niña se ve encerrada y aburrida. Encuentra que todo cambia con una gran velocidad: en tanto su tía se ha quedado sin trabajo, la muchacha conoce a un joven casi de su edad, hijo de un amigo de su tía, con quien hace amistad, pero a la vez empieza a descubrir los sobresaltos del primer amor.

Aunque el relato sigue el transcurrir cotidiano de la sobrina y de la tía, se concentra más en explorar los sentimientos y las sensaciones de la niña, para quien este viaje de vacaciones va a significar más un viaje interior, de exploración de sí misma, que un cúmulo de pequeñas aventuras, como las que había tenido en viajes anteriores, cuando aún era una niña pequeña. Ahora las cosas parecen estar cambiando muy rápidamente, tanto fuera como dentro de sí misma.

El encierro, al que se ve obligada por los excesivos temores de su tía, se convierte para ella en la posibilidad de adentrarse en sus propios sentimientos y en la posibilidad, también, de conocer a Fidelito, un joven de quince años, y descubrir con él las primeras sensaciones amorosas. Todo comienza como un juego de niños —el juego del escondite— y se va transformando en una relación de atracción física propia de dos adolescentes.

Bajo el cerezo está construida con pocos personajes, cuatro centrales a los que sigue el relato: la tía Julieta, su sobrina Cristina, el profesor de literatura, Fidel y su hijo, Fidelito. Los demás son “extras” como en el cine: el jefe de Julieta, Sofía, el portero, Manuel, Mónica, Ana María, aparecen y desaparecen según las necesidades del relato. Y aunque las “locaciones” se repartan entre espacios interiores como el apartamento, el restaurante, la posada en el campo y los espacios exteriores, como la ciu-

dad, la montaña, el pueblo, estamos frente a una historia de drama interior, que se da en los conflictos internos de Julieta con relación a su postura ética frente al trabajo, lo mismo que los conflictos que tiene con relación a los sentimientos por Fidel y toda la exploración interior de Cristina, quien es realmente la protagonista de esta historia.

Bajo el cerezo podría calificarse de una novela de crecimiento dirigida a lectores adolescentes que están experimentando los mismos cambios de Cristina. Un simple viaje de vacaciones se convierte —sin Cristina quererlo— en un cambio trascendental en su vida, en el inicio de una nueva etapa: el descubrimiento del amor y de la experiencia erótica. Cristina llega a Bogotá a la casa de su tía con el recuerdo de sus vacaciones de niña; trae esas mismas expectativas: salir a comer helados, jugar, pasear, correr, montar en bicicleta. No encuentra nada de esto. Pero no sólo porque la tía ha cambiado y se ha vuelto “paranoica” frente a la ciudad que la cerca, sino y sobre todo porque Cristina está creciendo y ya no tiene más nueve o diez años, sino trece.

La primera conciencia de ese cambio la tiene con el cuerpo, como generalmente sucede con las transformaciones de la pubertad:

La tía tenía razón. Estaba cambiando, había crecido, el pelo le caía lacio sobre los hombros, casi todas las faldas le quedaban chiquitas y apretadas. Las camisetas también... [pág. 10]

Pero esta conciencia va acompañada de cambios de humor y cambios externos que contribuyen a que ese acto de “crecer” no venga así no más. Crecer duele, genera desconcierto, aburrimiento a veces. Cristina se aburre sola, encerrada en el apartamento de su tía; se aburre acompañando a la tía a hacer vueltas; se aburre en la librería viendo unos libros que no le interesan, pues sus padres son dos académicos que viven entre libros y ella está acostumbrada, más que a leerlos, a quitarlos

de las sillas y de todas partes. Esas vacaciones prometen ser un dechado completo de aburrimiento. El mundo de los adultos empieza a parecer aburrido e incomprensible, pero así también el mundo de la infancia comienza a alejarse; Cristina está en esa edad en que no se es ni niña ni adulta y donde es difícil encontrar un lugar que le pertenezca. Y es cuando aparece Fidelito, el joven de quince años, lo suficientemente mayor como para mostrarle el mundo y hacer de guía. A Fidelito le corresponde no sólo mostrarle la ciudad y el campo, sino también la primera experiencia amorosa.



Hay hechos externos que contribuyen al derrumbamiento de ese mundo estable y fijo que significaba la infancia para Cristina, como es el episodio de la mudanza intempestiva debido a que su tía se ha quedado sin trabajo. Todo lo que representaba estabilidad del mundo adulto, de un momento a otro se rompe, dejando, no sólo a la tía “en el vacío”, sin saber que camino tomar, sino que para Cristina representa el final de una etapa —la infancia segura— y el comienzo de una época incierta pero llena de descubrimientos emocionantes y de aventuras, reforzada en el relato por el viaje al campo que deciden hacer los protagonistas, sin haber resuelto aún el futuro de la tía.

En *Bajo el cerezo*, los personajes más logrados son los dos jóvenes: Cristina y Fidelito, quienes alcanzan realmente a cobrar vida y a presentarse cada uno con una manera de ser diferente: Fidelito, un joven independiente, seguro, con una madurez que se corresponde con su papel de guía, tanto en la excursión a la

laguna como guía sentimental de Cristina. Y ella, una niña tranquila, que ha vivido en varios países, en un hogar bien formado, y cuya gran aventura en esas vacaciones será haber besado por primera vez. Los adultos: la tía Julieta, Fidel, la amiga de Julieta: Sofía, quedan apenas esbozados y aparecen en el relato casi como un pretexto para que Cristina y Fidelito se encuentren.

Y aquí resulta inevitable pensar en el lector a quien va dirigida esta novela antes de dar juicios acerca de la caracterización de los personajes o de la trascendencia de la historia. Mirada esta obra desde una perspectiva sólo textual, uno diría que algo le falta. Sí, está bien escrita, no hay que negarlo, los sucesos se van dando uno tras otro sin ninguna pretensión, en un transcurrir cotidiano en el que aparecen los contratiempos normales de la vida diaria. La máxima tragedia o, mejor, el gran acontecimiento es la pérdida del trabajo de la tía, quien prefiere renunciar antes que ser cómplice de un acto inmoral que no queda muy claro —¿un negocio ilícito?, ¿un acto de corrupción?—, en fin, eso no importa mucho para efectos de la historia misma, lo que importa es que se ha quedado sin trabajo y eso implica muchos cambios: dejar de súbito el apartamento, reducir los gastos, buscar otro trabajo, etc. En este caso parece un poco forzada la solución del viaje al campo en medio de un problema de esas dimensiones y sobre todo con unas personas que la tía apenas conoce, como son Fidel y Fidelito.

Sin embargo, si consideramos al lector implícito en esta obra, ese lector adolescente que probablemente se identifique con la situación de Cristina y de Fidelito, la historia cobra otro valor. Por encima de lo acomodado de los hechos, o por encima de la falta de caracterización de algunos personajes adultos, está la exploración de los sentimientos y sensaciones de Cristina frente a sí misma y frente a sus sentimientos hacia Fidelito.

Bajo el cerezo se puede ubicar dentro de la literatura juvenil colombiana como una obra realista, de

corte psicológico, que continúa una corriente que en nuestras letras apenas comienza, como es la de la exploración de los sentimientos y las situaciones propias de los adolescentes de hoy. En esta medida es probable que encuentre muchos lectores jóvenes que pueden encontrar afinidad con lo que le pasa a Cristina, o con el papel de guía sentimental de Fidelito. Y aunque es una novela que se queda corta en algunos aspectos (el desarrollo de algunos personajes, sobre todo Fidel, o de algunos conflictos como el de Fidel y la tía Julieta), también es cierto que logra construir una relación sólida entre Cristina y Fidelito y un universo interior en esa niña que empieza a despertar a la adolescencia y a los misterios del amor.

Francisco Montaña nació en Bogotá. Estudió guion de cine en Moscú y filología en la Universidad Nacional de Colombia, donde se desempeña como profesor en la carrera de cine y televisión. Ha escrito series infantiles y juveniles para la televisión y obras dramáticas para jóvenes.

BEATRIZ HELENA
ROBLEDO

Qué vaina

**Hasta en las mejores familias:
Selección de Postre de notas**

Daniel Samper Pizano

Casa Editorial El Tiempo, Bogotá,
2002, 307 págs.

Supongo que el precedente más remoto de la columna de humor es el artículo de costumbres, ese tipo de texto surgido en el momento en que los poetas occidentales decidieron que los asuntos cotidianos, con su lenguaje incluido, también eran dignos de ser celebrados. Para el caso de la lengua castellana, se me ocurre pensar en Larra y, un poco posteriormente, en Bécquer, con sus leyen-

das, inicialmente publicadas en diarios y suplementos periódicos.

Colombia, en particular, cuenta con una rica historia en materia de costumbrismo. Así lo propone una de las más inteligentes conocedoras de la literatura del siglo XIX, mi maestra María Teresa Cristina, quien, en la carrera de literatura de la Universidad Nacional, insiste en que allí, en ese periodo, hay una mina inexplorada que puede darnos muchas pistas sobre nuestra historia literaria y, con ella, de las otras esferas de nuestra cultura (la ciencia, la política, la economía, la ética). Infortunadamente, los estudiantes de literatura prefieren perderse muchas veces en los vericuetos de la actualidad, que no pocas veces resultan espejismos y frustraciones. Ese fervor por la actualidad ha hecho que en las propias clases de literatura a nivel de bachillerato muchos docentes prefieran que sus estudiantes obvien a los “viejos” clásicos y se extasíen de Cuauhtemoc o de cualquier otra forma de literatura ligera, con el discutible argumento de que éstas sí reflejan sus problemas reales.



Volviendo a la idea del artículo de costumbres y del costumbrismo en general como precedente de la columna de humor, es importante señalar dos rasgos generales de éstos: uno, su temática y, otro, su forma expresiva. Dado que el nombre mismo, costumbrismo, indica la raigambre de los temas que le conciernen, es posible centrarnos sin más en el segundo rasgo. En este último es determinante la posición del sujeto que enuncia el texto, en general un personaje culto, a veces en demasía, que sin embargo cree poder expre-